

GANADORA AUTONÓMICA



SIN TÍTULO

Sarah Gil Zedira

IES Albero (Andalucía)

Estábamos a punto de saltar al mundo humano. No podía contener esa risa que se escapaba por mis labios cada vez que el nerviosismo se adueñaba de mí. Allí, como dos brujas consagradas que éramos, y elegidas para competir por el trono de reina, mi misión era conseguir el máximo de corazones de aquel nuevo mundo.

Era extraño, puesto que aquellos corazones humanos no eran como los nuestros. Tenían forma de libro, y dentro había palabras con su debido significado, palabras que habían utilizado toda su vida. Palabras hermosas, palabras feas, palabritas, palabrotas...

Aún así, descubrir un nuevo mundo era emocionante, y podía llegar a ser divertido. Miré a mi compañera, la que competiría contra mí por el puesto más deseado de todo el mundo bruja, la que había estado conmigo desde mi niñez. Habíamos compartido risas, llantos y, ahora, este enfrentamiento.

Ella me devolvió una mirada violeta, llena de timidez y emoción. Presa del nerviosismo, enterraba su dedo en una maraña de pelo rizado y blanco.

Yo le sonreí, intentando infundirle ánimos. Nos tomamos de la mano y, entonces, saltamos a través de un agujero envuelto en llamas que se había abierto en la urna, que lucía unos bellos tonos azules.

Cerré mis ojos verdes con fuerza, mientras chillaba a causa de la presión. Mi mano no había soltado la de Lucy en ningún momento, y entonces ella ejecutó un hechizo que nos hizo planear en el frío aire nocturno hasta llegar a la azotea de un gran edificio.

Cuando me repuse de aquella insólita caída, le solté la mano y la miré, con rostro serio.

–Lucy-, murmuré en un tono bastante raro en mí.

–Que gane la mejor, Anaïs. Pase lo que pase, siempre seremos amigas.

Yo asentí, y con ello provoqué que dos lágrimas que colmaban mis ojos de agua con sabor a sal cayeran al duro suelo de piedra.

Ella me acarició el largo pelo ondulado y pelirrojo y sonrió.

Habían pasado unos cuantos días desde que había comenzado el enfrentamiento.

Básicamente, se conseguían los corazones humanos si ellos mismos querían entregártelo. En otras palabras, había que enamorarles para adueñarse de ellos. Yo había empezado mal, para qué negarlo. Pero las aptitudes para conseguir corazones, tanto en el mundo mágico como en el mundo humano, las tenía Lucy, no yo.

Todos y todas caían rendidos a sus pies como moscas tras haber sido drogados con ese “spray antimosquitos”.

Todas las noches, con impotencia, escuchaba las cortas historias que mi mejor amiga me contaba sobre su caza de diccionarios.

Pronto hubo que cambiar de ubicación: los corazones de todas las personas habían sido cogidos por Lucy. ¿Yo? Bueno, yo no había cogido ninguno aún.

Sucedió un día en que el sol me regalaba sus calurosos rayos y los depositaba en mi casa y hombros desnudos. Andaba sola por la arena de la playa que se incrustaba en mis piernas. Mirando al frente, me encontré cara a cara con un chico. Tendría poco más de mi edad (mi edad humana), unos dieciséis años.

Se paró y se me quedó mirando, anonadado, con una mirada violeta confusa, cara enrojecida y pelo blanco revuelto.

¿Podría ser? ¿Podría ser que se hubiese enamorado de mí a primera vista?

Era poco probable, pero...

Me paré en seco para lanzar un conjuro. Pocos segundos después, tenía un pequeño libro de pasta blanda y verde lleno de hojas de papel fino y frágil. En ese momento me sentí la bruja con más dicha de todo el mundo mágico.

Pasaron dos años y dos semanas.

Lucy cambió. No era la de siempre. Ya no hablábamos por las noches. No la veía. Se pasaba el tiempo coleccionando diccionarios, inspeccionándolos y leyéndolos cuidadosamente. Yo ya no existía para ella.

Ahora yo estaba sola. Sola con mi diccionario de pasta blanda y verde menta.

Todos los diccionarios habían desaparecido del mundo humano. Ya nadie tenía corazón. Yo había perdido y Lucy había ganado, como era de esperar.

Ahora estaba en su ceremonia del sombrero. A la nueva reina se le colocaba un sombrero negro trenzado con hilos de plata y piedra de ónix, y puntiagudo, con un medallón de pluma de fénix.

Lucy vestía un traje de volantes blancos, grises y rojos, semejantes a las llamas de fuego del agujero de la luna. Avanzaba, con paso solemne, hacia su nuevo trono, con una sonrisa de satisfacción.

La sala estaba en completo silencio. Ahora tan solo la reina podría hablar.

–Yo, Dana, reina del mundo mágico, entrego el puesto, mi trono, mi sombrero y mi medallón a Lucy, ganadora justa de este honor.

La sala estalló en aplausos. Yo bajé la mirada. Ahora toda esa gente humana vivía sin corazón, sin sentimientos. Una vida infeliz.

Me adelanté, con paso solemne, segura de que nadie se había percatado de mi presencia.

–Mi reina Lucy –pronuncié con labios temblorosos–, es un honor para mí y para todos teneros como nueva líder. Sin embargo, debo pedirlos un favor.

Los consejeros y las cortes susurraron por debajo, algo escandalizados. Yo les ignoré todo lo que pude.

–Por favor, devuelve los corazones de los humanos a su sitio. Tú no debes tenerlos. Puedes tomarlos prestados, pero no quedártelos para siempre.

Lucy me observó, con expresión impasible. No dijo nada.

Las lágrimas empezaron a asomar por mis ojos.

–Por favor –me puse de rodillas ante ella-, recuerda lo que soy y lo que he sido.

Me corregí –Para ti. Sé que probablemente no lo recuerdes, pero inténtalo. ¿Qué es un humano sin corazón? ¿Qué es un ser sin corazón?

Me saqué mi diccionario, el único que había cogido, el que había tenido guardado todo este tiempo. Se lo di.

–Perdóname. No me di cuenta de que eras tú. No me di cuenta de que aquella bruja con disfraz de humano eras tú, y cogí tu corazón sin pensar.

Lucy, por fin, habló. Se levantó y recogió el diccionario. Se lo guardó en el pecho.

–Lo recuerdo todo, Anaïs. Devolveré los corazones. Perdóname tú. Por todo.

Al final va a resultar que hasta los seres mágicos tenemos un diccionario como corazón.